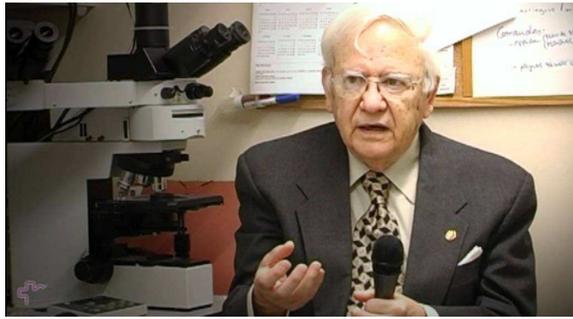


La Zarabanda

García Martínez (La Verdad)

Un murciano en New Hampshire



Sum: El ilustre investigador del cerebro repite parada y fonda en Jumilla

Traigo aquí a Miguel Marín Padilla. Catedrático de Patología y Pediatría de la Geisel Medical School, de Hanover, New Hampshire. Cabello blanco, rostro bondadoso, serena postura, cercano a la gente del común. Más aún si es la de su pueblo, Jumilla, adonde regresa desde EE.UU. cada vez que puede. Anteayer mismo aterrizó para revivir, una vez más, sus primeros nueve años.

El patólogo Ortuño Pacheco detectó que un individuo, al parecer eminente, deambulaba de incógnito por calles y jardines jumillanos. Se supo después que esas presencias venían de antiguo. El personaje rondaba la casa donde nació, que era ‘la del notario’, su padre. Sentado en el portal, solía inmolarse en recuerdos. Examinaba despaciosamente el llamador metálico, ‘con el rostro de una mujer’. En uno de sus viajes, acompañado esta vez por su hermano Rafa, se atrevió a usar el artilugio. Abrió una mujer. Tras explicarse, la extraña pareja pidió visitar la vivienda. Llovieron dentro emociones y añoranzas.

Les rondaba una idea arriesgada: bajar al sótano de los castigos. ‘Nos quemaba la curiosidad por conocer el último tramo, aún más tenebroso, al que nunca accedimos, por pánico. Comprobamos que nuestra creencia de que allí radicaba el Infierno era exagerada’.

Muestra el edificio una torreta a los cuatro aires. Son ventanas por las que el niño miró al mundo. ‘Mi primer microscopio’ –sonríe. Eran tiempos de guerra civil. Desde allí vio cómo, en la cercana iglesia de El Salvador, entraban camiones para vaciarla de santos y ornamentos, ‘pero nadie me dio razón’. Divisó, el 25 de enero de 1938, sobre el fondo de la Sierra de Santa Ana, unas luces rojas y verdes componiendo extrañas filigranas. ‘La guerra se detuvo cuarenta y ocho horas –recuerda-. Fue una aurora boreal, pero tampoco nadie me lo explicó entonces’. Su padre lo llevaba a buscar piedras (quizás íberas, quizás romanas) en las viñas del paraje del Prao. ‘Recogíamos sólo las que hablasen y nos dijeran su verdad’ –cuenta con la mayor naturalidad.

El afán de respuestas lo llevó a vivir por y para el cerebro. ‘¡Es maravilloso, pero sabemos poco! Se publica muchísimo y casi todo es repetición de lo ya repetido’. El Miguel científicamente revolucionario supo enlazar con Ramón y Cajal, cuyo legado desenterró, sacó de los museos y revitalizó continuándolo.

(Así se manifestó el investigador eminente, en la Asociación de Amigos de Jumilla, junto a una llanda de sequillos y unas copas de vino tinto).